

Europa: historia e identidad

Josep Fontana

(Traducción de Jordi Domènech)

El concepto de Europa como algo más que una denominación geográfica, en cuanto designación colectiva que identifica a un conjunto de hombres y mujeres como europeos, surgió inicialmente con la intención de definir a los miembros de unas sociedades que se suponía habían llegado a la cima del progreso y la civilización, lo cual les distinguía de los "otros". Este fue en un primer momento, y continúa siéndolo todavía hoy en muchos sentidos, un concepto racista, que a menudo se ha identificado con el de "blanco", en contraste con los hombres y mujeres de piel oscura. Esta opción tiene la ventaja de poder extender la denominación a los pueblos descendientes de europeos instalados en otros continentes. Así la utilizó Kipling en su poema sobre "La carga del hombre blanco", escrito en 1899 para celebrar la conquista de Filipinas por Estados Unidos, a quienes alentaba a realizar allí la tarea civilizadora del hombre blanco. Lo cual significa que no consideraba blancos, y es de suponer que tampoco europeos, a los españoles que llevaban tres siglos en las islas; una idea en la que parece que coincide con el señor Fraga cuando, en su época de promotor del turismo, se apresuró a comunicar a los europeos que deseaban visitar este país, que eso de España era "diferente".

No ha habido hasta hace poco demasiados intentos de escribir historias de Europa, porque ¿qué significado podía tener la historia de un colectivo humano que habita en un espacio mal definido y sin un pasado compartido? Lo que se ha hecho habitualmente es europeizar la historia del mundo, situando a los europeos y a sus parientes próximos norteamericanos como punta de lanza del progreso humano, y colocando a todos los demás en una escala de mayor o menor atraso en relación a ellos: así pues, el progreso histórico se ha identificado, más o menos, con el esfuerzo de los demás por imitar a las sociedades europeas.

La otra forma en que se ha utilizado esta especie de historia, derivada de la que acabo de mencionar, ha sido para buscar en ella una justificación de la riqueza adquirida por los europeos, combatiendo la idea bastante extendida entre los colonizados de que este enriquecimiento se debiera a su expolio [1]. Es decir, para buscar alguna forma razonable de explicar lo que se ha llamado el "excepcionalismo europeo". Sería prácticamente imposible pasar revista a la gran cantidad de hipótesis que han sido expuestas para explicar las causas de esta superioridad económica, que al parecer de hecho no comenzó más que a partir del siglo XVIII [2]. Algunas se basan en ventajas naturales (en razones

biológicas, ecológicas o geográficas [3]), o en determinadas "virtudes" morales y culturales (como el matrimonio tardío, que daría lugar a una demografía menos expansiva y, como consecuencia, dejaría más recursos para la inversión [4]), o en razones diversas de eficacia económica, o en la tecnología de las velas y los cañones [5], entre muchas otras. Una de las más recientes, por ejemplo, explica la superioridad europea por el uso del vidrio, que "transformó la relación de la humanidad con el mundo natural" y "cambió el sentido de la realidad, privilegiando la visión sobre la memoria y sugiriendo nuevos conceptos de prueba y evidencia", todo lo cual habría otorgado una ventaja indiscutible a Occidente sobre las miopes civilizaciones de Oriente [6].

Otra familia de explicaciones asocia la superioridad occidental a sus avances en el terreno de la formación del Estado moderno, exponiéndonos de entrada a una serie de confusiones, tanto por la dificultad de definir en qué consiste exactamente el "Estado moderno", como por el hecho de que una aproximación comparada a la historia de los Estados de Europa y Asia revela más paralelismos que divergencias en este aspecto [7]. Lo que ocurre es que somos los europeos quienes hemos decidido que los demás son incapaces de alcanzar por su cuenta la modernidad (de la misma manera que hemos decidido que son "sociedades sin historia" con el simple expediente de ignorarla) y descalificamos cualquier intento de hacer el mismo camino hacia el "Estado moderno" de otro modo. El nacionalismo es entre nosotros un signo de modernidad, pero el doctor John Warnock, un británico que tuvo un cargo importante en Egipto durante más de 25 años, diagnosticó el nacionalismo egipcio como "un desorden mental infeccioso" [8].

De un tiempo a esta parte, sin embargo, la búsqueda de una identidad europea ha dejado en segundo término la legitimación del excepcionalismo —que en unos momentos en que las mayores tasas de crecimiento económico se dan en Extremo Oriente, ha perdido interés como elemento explicativo— para ocuparse de buscar una fundamentación histórica a la actual Unión Europea. Una tarea nada fácil, pues el más lejano antecedente que pueda encontrarse data de 1648, con la paz de Westfalia, que es la primera vez en que el colectivo de gobernantes habla en términos civiles y no como miembros de la cristiandad, y comienza más propiamente con el congreso de Viena de 1814-1815, que fue la primera reunión internacional celebrada en nombre de las potencias europeas, la cual dio lugar a que apareciera el primer himno de Europa, hoy sorprendentemente olvidado: una cantata que compuso Beethoven con el título *El momento glorioso* y que exalta la unión de las potencias. Fue estrenada el 29 de noviembre de 1814, al mismo tiempo que *La batalla de Vitoria*, y al llegar al punto en que el coro canta, puesto en voz de la ciudad de Viena, "todo lo que la Tierra tiene de alto y de sublime ha sido reunido dentro de mis muros", fue acogido con aclamaciones por el público, en una reacción que no parece demasiado europeísta.

El tema de una alianza permanente de las potencias europeas se fue a pique muy pronto, con el fracaso del sistema de los congresos. Y la idea misma de una posible unión no tuvo demasiado recorrido, hasta que fue recuperada por los nazis con su programa de

un "nuevo orden europeo"; pero esto habría que considerarlo más bien dentro de la historia de los imperios, y no de las uniones. Aparte de esto, poca cosa más que las elucubraciones sin demasiado contenido práctico del conde Coudenhove-Kalergi y su Movimiento Paneuropeo en los años 20 del siglo pasado, o las de Aristide Briand en 1929. El paso más avanzado fue dado en 1944 por los gobiernos en el exilio de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, cuando decidieron que una vez acabada la guerra formarían una unión aduanera con el nombre de Benelux.

Terminada la II Guerra Mundial se presentaron grandes proyectos de unidad, con muchos festivales y grandes discursos, pronunciados en actos como la celebración en 1948 de un congreso de Europa al cual asistieron 750 políticos, desde los veteranos Churchill o Adenauer hasta el joven Mitterrand, el cual inició un movimiento que llevó a la creación en 1949 de un Consejo de Europa integrado por un Comité de ministros y una Asamblea consultiva que a la hora de la verdad hicieron poco más que producir y difundir retórica.

Los orígenes de la Unión Europea no tienen nada que ver con ninguno de estos antecedentes que he mencionado, sino que, como es bien sabido, surgieron de iniciativas económicas muy modestas, que se iniciaron con la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, fruto del plan Schuman de 1950, que empezó a funcionar en 1952, y fue seguida en 1957 por la firma del Tratado de Roma, que creaba la Comunidad Económica Europea. Todo ello trascendental en el ámbito de la economía y, si se quiere, incluso en el de las relaciones internacionales, pero de unión política muy poca cosa, como demostraría la actitud de De Gaulle al oponerse a la entrada de Gran Bretaña porque, como dijo un ministro francés a un político británico, en aquellos momentos los seis miembros de la Comunidad eran cinco gallinas y un gallo, se sobrentiende que Francia, pero si se permitía la entrada de Gran Bretaña con los países asociados a ella, habría más gallinas, pero también dos gallos, y esto era malo para la convivencia en el corral.

El esfuerzo por dar alguna clase de contenido político a esta Comunidad explica que se hayan multiplicado los intentos por construir una historia de Europa que la legitime, de manera similar a como las historias supuestamente nacionales patrocinadas por los Estados desde el siglo XIX legitimaron los Estados-nación modernos, inventándoles genealogías que llegaban hasta la prehistoria. Pero en la misma medida en que esta Unión Europea es una unión de Estados a los cuales sus historias atribuyen un origen inmemorial, el resultado suele ser poca cosa más que la suma más o menos comparada de las historias individuales de los Estados que la integran. Esta falacia estatista obliga a los historiadores a trabajar a partir de los marcos políticos actuales, artificialmente proyectados hacia atrás, ignorando deliberadamente que las fronteras "étnicas" del presente no tienen nada de "natural", sino que son el resultado de siglos de guerras, migraciones forzadas, expulsiones y operaciones de limpieza y de genocidio cultural. Valga como ejemplo el caso de una Yugoslavia integrada y desintegrada en el transcurso de 75 años: veinticinco años atrás nos hubiera parecido lógico hablar de la Yugoslavia medieval; hoy esto no tie-

ne ningún sentido. Y si esto es así, ¿por qué habría de tener más sentido una historia medieval de otras entidades "nacional-estatales" similares? ¿Y qué valor puede tener una historia de Europa construida de comparaciones entre unas inexistentes Francia, Alemania o Italia medievales?

Todo ello nace de la nefasta confusión entre un fenómeno cultural y de conciencia como es el de la nación, y el hecho político del Estado, cuyo fundamento habríamos de buscarlo en el contrato social, y no en una historia común. La manera en que los Estados-nación han pretendido cohesionar, o quizá sería mejor decir compactar, las diversas tradiciones culturales de su ámbito, absorbiéndolas en una dominante, funcionó con éxito en el siglo XIX y en la primera mitad del XX, vinculado ello a la enseñanza obligatoria de la "historia nacional", como la que nosotros tuvimos que padecer todavía durante los años del franquismo. Pero en la medida en que en las últimas décadas se han producido fragmentaciones de antiguas estructuras estatales, como ha sucedido con el imperio soviético, y hemos visto cómo los nuevos Estados se apresuraban a fabricarse tradiciones históricas nacionales, se ha empezado a poner en duda la validez de esta forma de entender el pasado. Contra una visión que sacraliza unas fronteras que no existieron de hecho hasta el siglo XIX, y que ignora que los límites definidos por los tratados se traspasaban fácilmente o que las monedas circulaban internacionalmente, sin más garantías que la de su valor metálico [9], hemos aprendido a valorar las zonas de contacto, a un lado y a otro de las fronteras, que han sido escenario de una multitud de intercambios económicos, culturales y ecológicos en unos tiempos en que personas, mercancías e ideas se movían por ellas con libertad [10].

Desembarazarnos de la mitología que confunde el Estado con la nación nos es necesario no sólo para entender mejor la historia, sino para vivir en el presente. Habiéndose tenido que enfrentar a conflictos como los de Nagorno Karabaj o de Chechenia, Yevgueni Primakov, que fue presidente del gobierno de Rusia no hace muchos años, nos ofrece en sus memorias esta reflexión sobre la realidad del mundo actual: "Si tenemos en cuenta que en 150 Estados conviven 2.000 naciones y etnias diferentes, podemos llegar a la conclusión universal que la vía maestra es garantizar el derecho de las minorías nacionales dentro de los Estados multinacionales" [11].

La realidad es que la inmensa mayoría de los Estados son, de una manera o de otra, multinacionales, lo cual significa que deberían abandonar su pretensión de justificarse en un patriotismo basado en mitos fundacionales, a menudo contruidos sobre un racismo identitario, para asumir que su legitimidad se basa en el contrato social que sus súbditos renuevan en las votaciones generales, a cambio de exigirle los servicios sociales que se supone el Estado tiene la obligación de proveer.

Una historia legítima de Europa no puede ser, por tanto, la de los Estados actuales proyectada hacia atrás, sino la que nos hable de cómo se establecieron las relaciones entre los habitantes de los diversos espacios del continente a lo largo del tiempo. Barry Cunli-

ffe ha publicado una ambiciosa revisión de la historia antigua y medieval la cual sostiene que hay una Europa atlántica que va de Islandia a Gibraltar, pasando por Galicia, en la que milenios de vida de cara al océano habrían dado lugar a que "celtas, bretones y gallegos tuvieran una relación más estrecha con sus vecinos marítimos que con sus contemporáneos ingleses, franceses o españoles" [12]. Algo parecido, y todavía mucho más complejo, puede decirse del Mediterráneo, en relación al cual Horden y Purcell han publicado el primer volumen de lo que pretende ser la historia de tres mil años de vida en común de europeos, asiáticos y africanos en torno del mar [13].

Contra tantos estudios sobre los inexistentes Estados europeos en las épocas medieval o moderna, apenas hay unos pocos que nos hablen de las migraciones, de las rutas comerciales que unían el Báltico con el mar Negro, de la convivencia de los pastores y los rebaños por encima de las fronteras políticas, de los recorridos de los vendedores ambulantes por todos los caminos del continente, de las comunidades de los hombres del mar, de los caminos que siguieron los disidentes religiosos (que explican que los lolardos ingleses perseguidos se refugiaron en Bohemia con los husitas checos), de fenómenos culturales como los derivados de la dispersión de los sefarditas expulsados de la península ibérica (que encontraron en Holanda la libertad que permitiría la eclosión de un pensamiento como el de Spinoza, que en nuestro país podría haberle llevado a la hoguera), de la difusión de las ideas racionalistas de la Ilustración, transmitidas en libros que ninguna censura estatal logró frenar (entre 1751 y 1782 circularon por toda Europa 25.000 ejemplares de la *Encyclopédie*, lo cual significa 900.000 volúmenes), y tantas otras actividades y relaciones colectivas que establecieron lazos de unión y facilitaron aproximaciones culturales muchos siglos antes de que los gobernantes inventaran la unidad europea desde arriba.

¿Qué características propias, definitorias de una posible identidad europea, muestra la cultura que surgió de estos intercambios? La convención académica suele repetir que sus señas definidoras son las tradiciones de la cultura clásica y del cristianismo. Pero si estudiamos los momentos más fecundos de formación de una realidad europea en los tiempos medievales, podemos descubrir que hay mucho más que eso. Hay una tierra de frontera, permeable a la circulación de mercancías, hombres e ideas, donde los sustratos clásico y cristiano, pero también el de las antiguas culturas autóctonas, se funden con las aportaciones de la ciencia y de la técnica de Asia, que llegaron sobre todo a través del mundo islámico, con elementos tan esenciales como la numeración india, con nuevos cultivos y nuevas técnicas agrarias, y con importaciones técnicas tan trascendentales como la pólvora y el papel, que hizo posible la multiplicación de los textos escritos. Y podemos ver, además, que lo que permitió el desarrollo de este mestizaje de manera más fecunda, y engendrar a partir de él una cultura genuinamente europea, tuvo mucho que ver con el fracaso político de los intentos por reconstruir el marco del imperio y con la impotencia de la Iglesia en su pretensión de imponer normas rígidas al pensamiento.

Los grandes rasgos que han permitido forjar esta cultura y elaborar a partir de ella unas señas de identidad, son, por un lado, la tradición de las luchas contra el despotismo de los imperios (todas las construcciones imperiales serán o de escasa eficacia, como el Sacro Imperio Romano Germánico, o de corta duración, como los de Napoleón o Hitler) que conducirán al desarrollo de sistemas de gobierno representativo. Y, por otro, la elaboración de una cultura racional y crítica que tiene sus remotos orígenes en el florecimiento medieval de las herejías y cuaja en los siglos XVII y XVIII con aquella herejía final que denominamos la Ilustración, por obra de los Spinoza, Locke, Bayle, Hume, Montesquieu o Diderot, entre tantos otros.

Esta doble tradición inspirará entre nosotros una lucha sostenida por las libertades individuales y los derechos humanos (desde la Revolución francesa, que no fue una revolución de propietarios como la norteamericana, sino que, como supo ver Michelet, se caracterizó por una participación popular activa) y, más adelante, desde la Primera Internacional, una lucha paralela por los derechos sociales (por cosas tan sustanciales como la educación pública, la sanidad pública o el sistema de pensiones), ganados en 150 años de combates colectivos. Estas continuarán siendo hasta el presente las características distintivas de una sociedad europea que en 1939 asociará la lucha contra el fascismo con el establecimiento del Estado del bienestar.

Sin embargo, estos valores europeos se ven hoy amenazados por una peligrosa involución, surgida en Estados Unidos en los años 70 del siglo pasado, a partir del memorándum en que Lewis Powell denunciaba que los enemigos de la "libre empresa" son sobre todo "los estudiantes universitarios, los profesores, el mundo de los medios de comunicación, los intelectuales y las revistas literarias, los artistas y los científicos" [14]. El resultado de esta campaña ha sido la contrarrevolución ideológica que estamos viviendo, financiada por grandes fundaciones privadas que controlan cadenas de televisión, patrocinan la publicación de centenares de libros y pagan cátedras universitarias [15], en asociación con los grupos fundamentalistas cristianos que sostienen visiones como las del líder evangélico Tim LaHaye, uno de los fundadores del movimiento de la Mayoría Moral, que ha difundido su mensaje profético en una serie de novelas utópicas de las cuales se han vendido en Estados Unidos 55 millones de ejemplares. Este mensaje consiste en una interpretación de textos bíblicos, en especial del Apocalipsis, el cual afirma que una vez las tierras bíblicas hayan sido ocupadas por Israel —y estos grupos ayudan a acelerar el proceso financiando los asentamientos judíos en el territorio de Palestina—, las legiones del Anticristo (pues según LaHaye será un secretario general de la ONU quien promueva la política de desarme general, el reforzamiento de las Naciones Unidas y una moneda universal) atacarán Israel y tendrá lugar una batalla decisiva en el valle de Armagedón. A todo esto, se añade el "rpto": según lo expuesto en la Primera carta a los Tesalonicenses, los justos, los auténticos creyentes, serán arrebatados por Dios por los aires, "sobre las nubes", y sentados a su diestra contemplarán cómo sus enemigos políticos e ideológicos que permanecen en el planeta, los *left behind* ("dejados atrás"), pade-

cerán plagas y males durante los años de tribulación que transcurrirán antes de la segunda vuelta del Mesías, que establecerá un reino de mil años sobre la Tierra.

No se trata de cuatro locos. Esta derecha cristiana fundamentalista posee 1.600 emisoras de radio y 250 cadenas de TV, por medio de las cuales influye poderosamente en la percepción que sus oyentes tienen de lo que ocurre en el mundo, y puede ejercer una influencia vital en las elecciones presidenciales: un artículo reciente de *The Economist* apunta que los "cristianos tradicionalistas" han aportado más del 40 % de los votos totales de Bush [16]. Un 40 % que viene a coincidir con la proporción de norteamericanos que creen que la Biblia debe entenderse como total y literalmente cierta, lo cual explica la fuerza que han adquirido las grandes campañas de pseudo ciencia contra el evolucionismo (en algunos lugares es ya obligatorio que se explique el creacionismo o la teoría del *intelligent desing* como alternativas válidas), hasta llegar a grupos que en nombre de su fe literal en la Biblia sostienen que es en realidad el Sol el que gira en torno a la Tierra. En la misma línea hay que situar todas las campañas que ponen en duda el calentamiento de la Tierra y se niegan a aceptar medidas de control de emisión de gases. Porque, a la postre, no vale la pena preocuparse por el medio ambiente cuando se está convencido de que el mundo se acabará en unos años: una encuesta de Time/CNN dio como resultado que el 36 % creía que el Apocalipsis era una profecía verdadera [17].

Todo esto tiene un aspecto global que no hay que perder de vista. Andreas Huygen ha escrito que la batalla de las ideas de la guerra fría se llevó a cabo entre dos bandos que compartían un terreno común y que ambos se proclamaban herederos de la Ilustración. Lo que debatían era cómo había que entender el progreso y la modernización, la igualdad y la libertad, sin plantearse negarlos. El liberalismo occidental que ganó esta batalla contra la Unión Soviética, añade, "se ve ahora desafiado por una ola antiliberal que combate la cooperación internacional, las garantías constitucionales del hábeas corpus, la separación de Iglesia y Estado, y el racionalismo secular de la modernidad".

Para que se entienda hasta qué punto estas concepciones difieren de las nuestras, es decir, de las europeas, en aspectos tan fundamentales como la necesidad de garantizar los derechos colectivos, me limitaré a dar dos ejemplos: el grupo Concerned Women for America combate la Convención de las Naciones Unidas sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer, alegando que implica que se les niega el derecho a decidir sobre todo lo que se refiera a la familia o a la educación de los hijos, y les prohíbe reconocer "que los hombres y las mujeres son fundamentalmente diferentes"; otro grupo, el Eagle Forum, sostiene que la Convención de las Naciones Unidas sobre los derechos del niño prohíbe a los padres forzar a los niños a realizar tareas en casa y crea la posibilidad de que los padres que deseen educar directamente a los hijos en vez de llevarlos a la escuela, sean acusados de negligencia [18].

A esta actitud contraria a la garantía de los derechos humanos, hay que añadir la que se refiere a los derechos sociales, combatidos sistemáticamente desde hace muchos años.

Un ejemplo puede dar idea de la situación actual: al ser criticada de manera desfavorable la noticia de que la más importante cadena norteamericana de grandes almacenes, Wal-Mart, amenazaba con cerrar cualquier establecimiento suyo donde pretendiera asentarse un sindicato, la cadena publicó el 7 de abril de este año un anuncio de dos páginas en la *New York Review of Books*, con el título "El impacto de Wal-Mart en la sociedad: un momento decisivo para el capitalismo norteamericano", adornado con una imagen en color de una familia feliz con niños y un perro jugando delante de una casa unifamiliar, en el que justificaba sus bajos salarios y la falta de atención sanitaria a sus trabajadores y afirmaba que no son solamente los negocios (ni siquiera quienes como Wal-Mart obtuvieron 10.000 millones de dólares de beneficios en el último ejercicio) quienes han de resolver los problemas sociales, sino que en la próxima década ha de haber un serio debate, cito literalmente, respecto de cómo "los negocios, el gobierno y los individuos deben repartirse la carga de financiar una sociedad decente".

Una historia de Europa que sea capaz de mostrar los rasgos que han ido formando la identidad europea, que haga justicia a lo que ha significado su tradición de defensa de los derechos humanos y de los derechos sociales, y que valore adecuadamente lo que ha aportado la creación de una cultura crítica, debería servirnos hoy para defendernos, en unos momentos bastante difíciles, del asalto de una contrarrevolución que pretende negar aquellos ideales, heredados de las luchas de la Ilustración, de la Revolución francesa o de la Primera Internacional, que son hitos esenciales de nuestra historia y testimonios de un esfuerzo milenario, al cual no deberíamos renunciar, por construir una sociedad donde pueda haber la mayor igualdad posible dentro de la mayor libertad posible.

Notas

[1] Por ejemplo, en el libro de Walter Rodney, *How Europe underdeveloped Africa*, Londres, Bogle-L'Ouverture, 1972.

[2] Paul Bairoch (ed.), *Disparities in economic development since the industrial revolution*, Basingstoke, Macmillan, 1981; del mismo Bairoch, *Victoires et déboires. Histoire économique et sociale du monde du XVIIe siècle à nos jours*, París, Gallimard, 1997, especialmente el volumen III. Contrariamente a Bairoch, Angus Maddison sostiene que la ventaja europea se inició mucho antes, quizá al final de los tiempos medievales, pero sus especulaciones sobre las cifras del PIB por habitante entre los años 1000 y 1820 son fantasmagóricas y los argumentos históricos con que pretende apoyarlos resultan hasta indignantes por su grosería (Angus Maddison, "La economía de Occidente y la del resto del mundo en el último milenio", *Revista de Historia Económica*, XXII, n.º 2, 2004, pp. 259-336).

[3] Kenneth Pomeranz, *The great divergence. China, Europe and the making of the modern world economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000, por ejemplo, otorga una importancia fundamental a la disponibilidad de carbón mineral.

[4] Para limitarme a los ejemplos más recientes: J. R. Mc-Neill, "The reserve army of the unmarried in world economic history: flexible fertility regimes and the wealth of nations", en D. H. Aldcroft y R. E. Catterall (eds.), *Rich nations-poor nations. The long-run perspective*, Cheltenham, Edward Elgar, 1996, pp. 23-38; John P. Powelson, *Centuries of economic endeavor. Parallel paths in Japan and Europe and their contrast with the Third World*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1994.

[5] Una idea de Carlo M. Cipolla (*Guns and sails*) en la cual ha insistido después Alfred W. Crosby en *Throwing fire. Projectile technology through history* (Cambridge, 2002). Crosby había escrito con anterioridad sobre el imperialismo ecológico (Cambridge, 1986) y sobre las ventajas surgidas de la difusión de la cuantificación (*The measure of reality: quantification and western society, 1250-1600*, Cambridge, 1997).

[6] Alan Macfarlane y Gerry Martin, *The glass bathyscaphe. How glass changed the world*, Londres, Profile Books, 2002, p. 18; también Chiara Frugoni, *Medioevo sul naso*, Roma, Laterza, 2001.

[7] Victor Lieberman, "Transcending east-west dichotomies: state and culture formation in six ostensibly disparate areas", en Victor Lieberman (ed.), *Beyond binary histories. Re-imagining Eurasia to c. 1830*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1999, pp. 19-102.

[8] Bernard Porter, "Strew the path with flowers", *London Review of Books*, 4 marzo 2004, p. 33, en una reseña del libro de James Mills, *Cannabis Britannica*.

[9] Eric Helleiner, *The making of national money: territorial currencies in historical perspective*, Ithaca, Cornell University Press, 2003.

[10] Mark von Hagen, "Empires, borderlands, and diasporas: Eurasia as anti-paradigm for the post-soviet era", texto aparecido en *Ab Imperio*, una revista publicada en Kazan, cuyo conocimiento debo a la comunicación del profesor Sergey Glebov.

[11] Yevgueni Primakov, *Russian crossroads*, capítulo IX.

[12] Barry W. Cunliffe, *Facing the Ocean. The Atlantic world and its peoples, 8000 BC-AD 1500*, Oxford, Oxford University Press, 2001.

[13] Peregrine Horden y Nicholas Purcell, *The corrupting sea. A study of Mediterranean history*, Oxford, Blackwell, 2000; véase también John Wansbrough, *Lingua franca in the Mediterranean*, Richmond, Curzon Press, 1996.

[14] John Micklethwait y Adrian Woolridge, *The right nation. Conservative power in America*, Nueva York, Penguin, 2004, pp. 77-78.

[15] Sefan Halper y Jonathan Clarke, *America alone. The neo-conservatives and the global order*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

[16] "Social conservatives. Following their own path", *The Economist*, 2 abril 2005, pp. 39-40.

[17] Esther Kaplan, *With God on their side*, Nueva York, The New Press, 2004, pp. 30-31; Bill Moyers, "Welcome to Doomsday", *The New York Review of Books*, 24 marzo 2005, pp. 8-10; Micklethwait y Woolridge, *The right nation*, pp. 155-160.

[18] Kaplan, *With God on their side*, p. 31 passim.

Fuente original:

["Europa: història i identitat"](#), *L'Espill* (Universitat de València), n.º 20, otoño 2005, pp. 65-72.